José Granados

BAUTISMO, SU PASCUA EN NOSOTROS

¿Puede hoy renacer lo humano?

didaskalos 82

didaskalos

JOSÉ GRANADOS

BAUTISMO, SU PASCUA EN NOSOTROS

¿Puede hoy renacer lo humano?

didaskalos

Primera edición: junio 2023

Imagen de portada: Daniel Bonnell, *The Baptism of the Christ*

© Autor: José Granados

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-19601-2023
ISBN: 978-84-19431-17-2

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

Págs.

Introducción: El bautismo, ante la dilución de lo humano 7

I. BAUTISMO: NUEVO OBRAR

1. Vida de Jesús: de nacimiento en nacimiento 21
2. La resurrección de Cristo: nacer para Dios, generando al hombre nuevo 31
3. Nuestro bautismo: sumergirse en Cristo . . 41

II. BAUTISMO: NUEVO LENGUAJE

4. La luz de un nombre 57
5. Confesar el nombre de Cristo: el lenguaje de la fe 65
6. Sufrir por su nombre y propagarlo: un nuevo enguaje del cuerpo 77

III. BAUTISMO: NUEVAS RELACIONES

7. Bautizar las relaciones 91

Págs.

8. Bautizarse con toda nuestra casa: de la familia al bien común 103

9. Bautismo y misión 113

Conclusión: Lo humano hoy, o diluirse o renacer . 125

Epílogo: El instinto del Espíritu Santo 133

Introducción

El bautismo, ante la dilución de lo humano

Vivimos tiempos de cambio rápido, lo que provoca incertidumbre y miedo. Es una revolución que no cesa. Pero ¿no es esta rapidez una percepción subjetiva?

Para medir la velocidad de los cambios hay al menos un criterio verificable, común a toda época. Se trata de la distancia temporal entre padre e hijo, que se mantiene más o menos estable de siglo en siglo. Adoptando tal criterio podemos hacer esta pregunta para saber si vivimos en una crisis: ¿pueden los padres transmitir a sus hijos un modo de ganarse la

vida? Si los cambios son muy veloces el padre no podrá enseñar al hijo los rudimentos de una profesión. Sus consejos quedarán obsoletos cuando el hijo empiece a trabajar. Desde este punto de vista, ya hace mucho que estamos instalados en una revolución.

¿Cómo responder ante este reto? ¿Deben los padres renunciar a transmitir un saber? Les queda, en realidad, una salida: educar en la excelencia propia del hombre en cuanto hombre, algo que la tradición filosófica ha llamado "virtud". Así, aunque no puedan comunicar un modo de *ganarse la vida*, sí enseñarán lo que significa *ganar o perder la vida*. Sabremos enseñar a nuestros hijos que hay un modo humano —un modo justo, valeroso, bello— de vivir cada profesión, por nueva que ésta sea.

Ahora bien, justo cuando intentamos afrontar esta tarea entendemos la gravedad de los cambios que vivimos. Pues hoy no sucede solo que no sabemos comunicar a los hijos un modo de vivir lo humano, sino que tampoco sabemos lo que es propiamente humano. Ortega y Gasset acuñó esta frase célebre al preguntarse por la situación de su tiempo: "lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa". Hoy puede extremarse la cosa: "lo que nos pasa es que no sabemos a quienes les pasa eso que nos pasa". O,

también: no es que simplemente nos pase algo a nosotros, hombres, sino que "lo que pasa", en el sentido de "lo que pierde vigencia", somos nosotros, hombres.

Atravesamos, en efecto, tiempos llamados del post o trans humano. Claro, también en otras épocas ha habido distintas visiones del hombre, pero se daban por hecho unas características constantes. Se aceptaba una forma corporal recibida, marcada por la diferencia hombre-mujer, así como una capacidad de pensamiento y de libertad, junto con una memoria que permite la tradición y la historia. Pero algunos hoy ponen esto en duda, apoyándose a veces en desarrollos tecnológicos:

—Están, por un lado, las crecientes posibilidades virtuales que nos presenta el llamado "metaverso". Este nos permite adentrarnos en mundos alternativos, usando múltiples avatares o máscaras. Las decisiones que tomamos en estos mundos pueden rehacerse infinitas veces si la cosa se tuerce, como si estuviéramos dotados de una libertad con freno y marcha atrás. Se pone así en duda la responsabilidad humana, que consiste en asumir el riesgo de un camino único. Pues, como decía José María Pemán: "Amar es decidirse / es elegir a una entre las cosas

bellas / quedarse con la luna / y renunciar a todas las estrellas". Y Julián Marías señalaba que la vida solo merece la pena cuando se juega toda ella a una carta. ¿Qué es, pues, la libertad, qué es la responsabilidad? ¿Sigue siendo un rasgo único del hombre?

—Vemos también emerger la inteligencia artificial. Han causado sensación, en concreto, las máquinas capaces de conversar. Junto al hombre como animal racional (*logikê*), o animal de lenguaje, tenemos ahora una "máquina de lenguaje", que sería racional, pues "logos", en griego, es tanto "palabra" como "razón". ¿Ha dejado el lenguaje de ser algo propio nuestro? ¿Es posible distinguir la palabra humana entre tantas palabras maquinales?

—Se ha propagado hoy, por citar un tercer ejemplo, la llamada "cultura de la cancelación" que se indigna ante las injusticias cometidas por generaciones pasadas, y pide eliminar sus huellas en la memoria. De este modo se cancela la cultura misma, en cuanto ésta brota de una tradición viva y llega hasta nosotros mediada por otros hombres. Además, se intenta borrar incluso la memoria más honda grabada en nuestra carne, es decir, la diferencia sexual. En efecto, se cuestiona que tal diferencia pertenezca al entramado originario de las relaciones interpersona-

les y sociales. Con todo esto, ¿no se cercenan las vías por las que la memoria humana alcanza su hondura y se distingue de las efímeras memorias animales?

Se ha dicho que la llamada "Inteligencia Artificial" pone en peligro a la especie humana. Lo mismo podría decirse de los otros cambios que he señalado. Pero no creo que la amenaza consista en borrar al hombre de la faz de la tierra, lo que sí pueden hacer las armas nucleares. Ni tampoco, como en la crisis de natalidad, corremos el riesgo de extinguirnos por falta de descendencia. Lo que estamos observando ahora es que lo humano se diluye. ¿En qué consiste esta dilución del hombre?

Pensemos en las opciones del metaverso: ¿dónde está, entre tantas rutas alternativas, la responsabilidad que asume el peso de sus acciones? O preguntemos cómo encontrar, entre las palabras artificiales, esa palabra que nos despierta, nos convoca, nos llama a un destino inmenso. Y, al sospechar de toda memoria, ¿cómo salvar las memorias originarias, ésas que atestiguan que hemos recibido la vida, ésas que generan tradiciones y pertenencia?

Volvemos a ser Diógenes con la linterna, ya no buscando a un hombre, sino buscando lo humano. Y

añadamos que las tres coordenadas que he enumerado (querer, saber, recordar) fueron identificadas por los antiguos, desde san Agustín, como aquello que, en el hombre, es imagen de lo divino. Diluidas ellas, se diluye también dicha imagen.

¿Tenemos los cristianos un posible consuelo frente a esta dilución de lo humano? Es cierto que en la Iglesia abunda una luz que se arroja sobre nuestra vida y nos la descifra. Si seguimos sabiendo lo que es ser cristiano, entonces lo humano se resguarda en lo cristiano.

Ahora bien, vemos hoy en crisis entre creyentes precisamente la relación de Cristo con lo humano. ¿Sigue la Iglesia, a partir de su confesión de Cristo, iluminando lo que es el hombre? ¿O confiesa a Cristo separándolo de los desafíos concretos de nuestra vida, de forma que esta confesión de fe resulte inconsecuente? ¿Creemos que Cristo ha desvelado la única forma verdadera de amar, de comprender la vida, de relacionarnos?

Un ejemplo es la falta de claridad sobre la vocación familiar. Muchos cristianos han acogido un concepto "abierto" de familia que no contiene la diferencia sexual, ni la indisolubilidad del matrimonio ni su

apertura a la vida. Entre cristianos se sigue alabando en principio el matrimonio creatural, unión indisoluble entre un hombre y una mujer donde sucede la procreación. Pero ahora, para muchos el matrimonio es una opción más, tal vez la opción idealmente mejor, pero ya no la única que permite vivir humanamente.

Esto deprecia el valor social de la familia, que deja de dar forma al bien común. Es como si, junto a los polos norte y sur de la Tierra, añadiéramos múltiples polos en otros lugares, arguyendo que no se hace mal alguno, pues los polos originales se respetan. Y es cierto que estos polos seguirían presentes, pero, al multiplicarse otras referencias, se haría imposible la navegación con brújula. Norte y Sur dejarían de ser lo que siempre han sido. Si todo es matrimonio, nada es matrimonio; si todo es familia, nada es familia.

Se ha dicho que nos encontramos en la tercera gran crisis doctrinal del cristianismo. La primera ocurrió en el siglo IV, y fue el arrianismo. Se negó entonces que Cristo fuera verdadero Dios. La segunda sucedió en el siglo XVI, cuando la reforma protestante, y se debatía qué es la Iglesia. Hoy la discusión gira en torno a la definición del hombre. Es una crisis

de la sociedad occidental, pero que afecta también a los creyentes, pues se difunde entre ellos la idea de que es necesario acoger una visión postmoderna de lo humano.

Yo precisaría que se trata de una crisis de lo humano en su cuerpo, porque lo que está en juego es la experiencia de la carne como lugar de relaciones que nos constituyen y marcan nuestro destino. ¿Qué es la sexualidad, la filiación, la paternidad o maternidad? ¿Cuál es la posición del hombre en el mundo y en qué se distingue de las máquinas? Y añadiría que, en lo que toca a la Iglesia, esto se traduce en una crisis sobre los sacramentos, pues es allí donde la gracia atraviesa la carne.

Ante esta crisis queda la esperanza de que lo humano logra preservarse. Nuestra obsesión por los tatuajes puede ayudarnos a recordar que el tatuaje más hondo es la imagen y semejanza que Dios ha puesto en el corazón del hombre. Así lo recuerda un poema de Enrique García Maíquez titulado "Jamás me tatué":

> JAMÁS me tatué [...]
> para no interferir
> con el dibujo ignoto que me ha dejado Dios
> escondido en la piel [...].

> Está escrito en el Génesis: soy un autorretrato,
> quiero decir, de Él.
> Su rostro cae en mi espalda
> o tal vez en mi brazo, abocetado apenas.
> Vivir es ir trazando con cuidado las líneas.

El poeta no se tatuó, porque quería que quedase siempre visible el tatuaje originario de la imagen de Dios, que vamos trazando lentamente al vivir. Tampoco la Iglesia pierde la imagen de Cristo, que ella lleva tatuada en sus sacramentos. Aunque se oscurezca a veces su testimonio de vida santa, como ha sucedido en otros momentos de su historia, tal imagen permanece en ella, en sus sacramentos, como fuente de donde la Iglesia es generada. ¿Cómo nos ayuda esto ante la dilución de lo humano que nos aqueja?

La concentración de lo humano

Cuando se diluye el hombre, no queda sino regresar a ese momento de la historia donde lo humano se concentró de forma inigualable. Esta concentración de humanidad fue la vida de Jesús de Nazaret. Basta leer los Evangelios con mirada fresca para captarlo.

Quien quiera saber lo que es libertad y responsabilidad por el propio destino; lo que es amor y conocimiento, silencio y palabra; lo que es memoria agradecida por todos los dones y lo que es ilusión por el futuro... ése puede recorrer los años de Cristo. Él no es solo perfecto hombre, con alma y cuerpo, sino también hombre perfecto, plenitud de ese proyecto de Dios llamado hombre.

Esta concentración de humanidad fue tal, que ni siquiera el paso del tiempo ni la llegada de la muerte pudieron diluirla. La resurrección es el momento de la historia que recoge y reafirma esta sazón de lo humano en Jesús. Pues en Pascua queda clara la unidad de todos los momentos de su vida hacia una meta única: alcanzar al Padre. La humanidad de Cristo ha tenido tal pureza y concentración precisamente porque desde el principio se abría más allá de sí misma, hacia Dios. En Pascua culmina este proceso y Jesús plasma en sí la imagen y semejanza cabal del Creador.

Hemos de preguntarnos, entonces: ¿es posible acceder a esta concentración de lo humano que se da en Cristo? Resulta que la plenitud de humanidad vivida por Él en la Pascua es de tal calibre, que no se pudo contener en Jesús solo, sino que se ha des-

bordado sobre los hombres que se adhieren a Él. Y el sacramento del bautismo es el momento en que su vida nos toca. En el bautismo manan las fuentes de la humanidad que Cristo nos comunica, frente al hombre diluido de hoy. Se nos da allí el acceso a un modo de obrar, un modo de conocer, un modo de relacionarnos donde lo humano alcanza su sazón. Por el bautismo su plenitud nos alcanza y no deja de atraernos a sí. El bautismo es su Pascua que crece en nosotros.

Ésta es, pues, la propuesta de que tratan estas páginas: volver al bautismo como sacramento donde la Pascua de Jesús se despliega en nosotros día a día, pues allí reencontramos lo humano concentrado, frente a las fuerzas que hoy intentan diluirlo. Si ya no sabemos qué es la palabra, qué es la libertad, qué es la memoria, y si hemos perdido por tanto la definición del hombre, ¿podemos volver al bautismo para aclarar estos significados? Si el bautismo se ha llamado "puerta de los sacramentos", ¿es puerta también de reencuentro con lo humano?

Para desarrollar ese tema vamos a seguir a tres personajes en busca de salvación, para ver cómo la hallaron en el bautismo. Los tres se encuentran seguidos en los Hechos de los Apóstoles, capítulos ocho,

nueve y diez. Es el bautismo del eunuco por parte del diácono Felipe, el bautismo de Pablo de manos de Ananías, y el bautismo que Cornelio recibió del apóstol Pedro. En ellos vamos a ver cómo el bautismo es manantial, respectivamente, de nuestro obrar, de nuestro conocer, de nuestras relaciones, por recorrer las crisis antropológicas que antes hemos enumerado.

El siglo XXI nos enfrenta a un futuro incierto. Pues desconocemos, no sólo en qué condiciones vivirá el hombre, sino qué significará ser hombre. ¿Qué querrá decir razonar cuando nos inunden lenguajes artificiales? ¿Qué serán la libertad y la responsabilidad al multiplicarse los meta-universos en los que nada nos jugamos?

En 2033 celebraremos veinte siglos del evento más generativo de humanidad que pueda pensarse. En el bautismo ese evento nos toca y se despliega en nosotros. ¿Pueden desde ahí reabrirse los ámbitos donde se genera al hombre, empezando por la familia, la educación, el trabajo?

didaskalos

9 788419 431172